



Oficinas: Núñez de Arce, 12.

TOLEDO

Revista semanal de Arte.

ARTE E HISTORIA

Reverenciamos con este número a nuestro ilustre Prelado el Emmo. Sr. Cardenal Guisasola.

En estos días santos, de calma augusta en la tierra, Toledo es más religioso que los demás pueblos; su silencio eterno es dueño del misterio más triste; por los callejones toledanos es de más santidad la vida de estos días.

En el gran Toledo se siente más dentro la honda emoción del dolor de la Semana Santa.

Las procesiones son, en sus callejas, más misteriosamente bellas, más trágicas y llenas de amor a lo divino.

Se demuestra más patente y rotunda la devoción de los hombres. El culto de la sociedad que llora la trágica fecha.

El sublime poder del Toledo avasalla todo, y coadyuva, como el que más, a santificar los dolores de los días tristes y a complacernos cuando, pasados éstos, suenan alegres los repiques de las campanas de los templos toledanos, anunciando la fausta resurrección del Dios-Rey de la tierra.

La Semana Santa en Toledo ⁽¹⁾

Jueves Santo.

A todo el que entra por primera vez en la Catedral de Toledo, le asombra la grandeza del templo metropolitano; pero al que visite este monumento al empezar los oficios de este día, si es artista y observador, el asombro debe abrumarle al tener tanta belleza que abarcar con una mirada impotente para comprenderla toda.

Creo imposible que el pincel pudiera reproducir riquezas amontonadas allí por tantos siglos, ni en conjunto ni en detalle.

Los dos coros se unen por una plataforma alfombrada, a la que se sube por escaleras laterales: a uno y otro lado de la misma se extienden filas de bancos, y junto a la verja del coro, frente al altar Mayor, se coloca una mesa que se adorna con magníficos jarrones y candeleros, un atril dorado con el pontifical, una sacra, un brasero de filigrana, y en el suelo, sobre un banquillo, un jarro de plata con su llave. Un gran dosel blanco, suspendido majestuosamente, corona este grandioso conjunto, en el que destacan las flores y el ramaje entre el brillo de la plata, primorosamente cincelada, y los ornamentos sacerdotales tejidos y bordados con tanto arte como riqueza.

(1) La parte litúrgica y algunos de los simbolismos de estas ceremonias están tomados de libros propios de la Catedral.

En el altar Mayor, al lado de la Epístola, se coloca una credencia cubierta por paños blancos, y en sus gradas tres bandejas de plata, seis cálices, uno para el sacrificio, dos para el vino que se bebe después de la comunión, uno para purificarse el prelado, otro para agua y otro para añadir vino en el solemne acto de administrar el sacramento; el copón, con ciento cuarenta formas, vinajeras, dos paletillas, jarros, fuentes, toallas y paño de hombros, todo de ricos metales o preciosas telas.

El recado especial para el servicio del sagrario está contenido en una magnífica bandeja de plata y se compone: de un cáliz de los más ricos del Tesoro, una patena con cerco y asiento, una hijuela bordada, una planeta forrada y guarnecida de piedras preciosas, un paño también bordado para cubrir el cáliz y una ancha cinta de oro que ha de ceñirle.

El coro, la plataforma y la capilla Mayor, están literalmente ocupados por dignidades, canónigos, beneficiados, párrocos, seminaristas, asistentes, seises y acólitos.

Tanta riqueza y personal; tan majestuoso aspecto en el conjunto, y tan artísticos primores en el detalle, deslumbran la imaginación, ofuscan la vista; pero conmueven, impresionan, asociando a la percepción estética que recrea el sentimiento religioso que remonta al espíritu a la más elevada contemplación de lo divino.

La Iglesia conmemora el Jueves Santo el modesto banquete del Cenáculo, en que el anfitrión es el hijo de un carpintero y los

comensales pescadores humildes y pobres menestrales.

Un cordero, pan y vino, servidos en vajillas que no serían lujosas, por cierto, son los manjares consumidos en el festín memorable.

Pues bien; así como por esa abstracción sublime del catolicismo, la voluntad de un Dios *convierte ambas sustancias* en su cuerpo y en su sangre, para quedarse en alma y cuerpo con su pueblo; así como del pan y del vino hace la conversión milagrosa en Eucaristía, elevando lo humilde y terrenal de la uva y el trigo a sublime y celeste manjar de los ángeles por la virtud de su palabra...; la Iglesia, convirtiendo también en suntuoso el que fué humilde ajuar en el Cenáculo, rodea de esplendores el ara que simboliza la mesa; elabora en ricos metales las vasijas que la guarnecen; teje en primorosas telas los manteles que la cubren; cincela copas artísticas para contener el vino del convite; siembra de flores el suelo—quizá para borrar las huellas de Judas—y saturando el aire con aromas y perfumes del incienso, recuerda, acaso, aquel aliento que brotó de los divinos labios con las sublimes palabras de la consagración.

Oficios.

Empiezan éstos por prima, tercia, sexta y nona. Cantadas las horas, se reviste el Prelado y se procede al lavatorio. Dos acólitos con albas y collares morados traen una vacía y un aguamanil; otro conduce trece toallas en una bandeja y otro igual número de *pro-*